

Crisis de los medios de Consumo Colectivo Urbano y Capitalismo Periférico*

Samuel Jaramillo

I. La Problemática de los Medios de Consumo Colectivo

Una de las contradicciones que más relevancia ha adquirido en los últimos tiempos en las sociedades capitalistas contemporáneas, es la relacionada con los llamados "consumos colectivos"¹. En efecto, el desenvolvimiento de la acumulación capitalista ha generado un enorme desarrollo de estos consumos, como un reflejo de la profundización de la socialización, una de las facetas de este proceso global. Pero al mismo tiempo, el capital evidencia dificultades cada vez mayores para satis-

facer estas necesidades, lo que deja al descubierto los límites de la socialización capitalista, y pone sobre el tapete una vez más, en esta ocasión por una vía insospechada, el tema de la obsolescencia histórica de esta forma de organización social.

Este hecho, que es una forma de manifestación del desfase entre el avance de las fuerzas productivas y las relaciones sociales que las subtienden, tiene repercusiones en distintos órdenes. De una parte, algunos de estos consumos colectivos son formas de vida para los sectores populares, y el

* Este texto fue originalmente presentado en la Tercera Reunión del Grupo Latinoamericano de Investigación Urbana, celebrada en México D.F., en julio de 1981.

¹ La expresión "medios de consumo colectivo", ha corrido la suerte de otras denominaciones en ciencia social, que siendo imprecisas, aluden a una noción importante: ha generado interminables debates en los cuales se le impugna, se le reforma, se redefine sus contenidos, se le proponen sustitutos, etc., pero por motivos pragmáticos siempre se vuelve a ella. Por razones ajenas a la discusión rigurosa, lo cierto es que su utilización se ha impuesto sobre otros términos a lo mejor más adecuados. Lo razonable, a nuestro juicio, y es lo que haremos aquí, es usarla como

referencia que permite la comunicación, explicando sus contenidos. Para nosotros, "medios de consumo colectivo", son una serie de valores de uso que por algunas de sus características, son difíciles de suministrar por el capital individual y, sin embargo, son indispensables para la acumulación de capital en general. Esta circunstancia, no se desprende de algo esencial y absoluto de estos valores de uso, sino que se trata de una característica de tipo histórico. Precisamente, en el texto pretendemos señalar cuáles son estas características. Entre los "consumos colectivos" más importantes en nuestro contexto histórico, señalamos los servicios públicos, la vialidad y los espacios colectivos, los servicios de salud, de educación y la vivienda para sectores populares, etc.

deterioro de las condiciones de su satisfacción genera la respuesta política de los grupos involucrados. Además de la circunstancia de que esto significa un nuevo frente de contradicciones para el capital, emergen a propósito de ello nuevas formas de movilización política, con características y dinámicas inéditas. De otra parte, para el capital mismo, esto implica el estrechamiento de su espacio de maniobra en su tarea de garantizar la reproducción de las condiciones de acumulación: se presentan fenómenos como la agudización de la lucha fraccional interburguesa, pero también estrategias de adaptación, como transformaciones en el aparato del Estado y de sus prácticas ideológico-políticas y económicas que es necesario comprender.

No por azar estas contradicciones se manifiestan con especial nitidez en el ámbito urbano, hasta tal punto que las movilizaciones alrededor de ellas se conocen en muchos medios como "luchas urbanas". La ciudad contemporánea, con sus características, es una plasmación de la sociabilidad capitalista, y uno de sus principales soportes. La concentración espacial que ella supone, es elemento indispensable del carácter colectivo de muchos de estos valores de uso y las formas de existencia social de estos últimos están ligadas a las condiciones políticas, sociales y administrativas de la ciudad. Pero la confluencia de la crisis de los consumos colectivos y de la crisis urbana que se desprende de esto, no se limita a una coincidencia de vocabulario. La dimensión espacial de la ciudad no es un epifenómeno de las relaciones sociales, sino una parte integrante de ellas, y en este sentido introduce al análisis elementos que son irreductibles. Esto es especialmente relevante en aspectos tales como la forma que adquieren las movilizaciones populares frente a estas contradicciones, los aparatos y prácticas del Estado, etc. En

este sentido nos parece difícil desligar el análisis de lo concerniente a los consumos colectivos, del examen del sistema urbano como tal.

Aunque siempre presentes, las contradicciones alrededor de los consumos colectivos se presentan con especial vigor sólo hasta épocas relativamente recientes, y en particular en la escena política. Esto ha determinado que en el pensamiento marxista, los esfuerzos encaminados a su conceptualización tengan una corta tradición. No es de extrañar por lo tanto que subsistan vacíos teóricos considerables, y que inadvertidamente se siga siendo tributario de otras vertientes de análisis. Una ilustración clara de estas limitaciones, es por ejemplo aquella reflexión que se limita al terreno de las manifestaciones de estos fenómenos, en especial lo referente a la movilización popular y a las prácticas estatales: su enumeración, clasificación y combinación, no parecen bastar para una aprehensión satisfactoria de su contenido y alcances, y no serían sino la base para una conceptualización rigurosa.

Sería injusto afirmar, sin embargo, que no se han hecho exploraciones más ambiciosas, intentando vincular estas manifestaciones con los elementos centrales de la organización social y su dinámica. Estos trabajos, algunos de ellos muy valiosos y que comienzan a conformar ya un cuerpo teórico, han sido desarrollados fundamentalmente por científicos sociales en los países avanzados². Tal vez de allí provengan algunas de lo que nosotros creemos son dificultades. En efecto, de una parte esta reflexión se basa casi exclusivamente en el análisis de la evolución de estos aspectos en los países centrales. De otro lado, en general estas

² Para mencionar uno de los programas de investigación más conocidos y fecundos en esta línea, destaquemos los trabajos de Jean Lojkine. *El Estado, el marxismo y la cuestión urbana*. Trad. México S. XXI, 1977.

elaboraciones están ligadas a un determinado rango en el espectro político de la izquierda que no coincide necesariamente con las características de la escena política en otras áreas.

De repente, y no dejamos de destacar el aspecto paradojico de esto, los investigadores de los países periféricos, y en particular de Latinoamérica, estamos en una situación de privilegio para contribuir al enriquecimiento de este debate. Esto, porque estamos en contacto con una gama más amplia de manifestaciones de estos problemas (no hay que olvidar que gracias a los trabajos sobre los países centrales, también tenemos algún conocimiento de estas realidades): lo que hoy comienza a conocerse como crisis de los medios de consumo colectivo, es una endemia en nuestros países; y hemos presenciado una larga y multiforme tradición sobre la emergencia de las contradicciones que surgen al respecto. Asimismo, porque el aporte de corrientes políticas e ideológicas que son muy débiles en los países centrales, amplifica los puntos de referencia del debate.

Por supuesto que el objetivo de este texto es mucho más modesto de lo que pueden sugerir las frases anteriores. Aquí simplemente pretendemos presentar una serie de ideas preliminares, con un mínimo de hilación, sobre cómo abordar de una manera general estos problemas, y empezar a explorar de forma tentativa las consecuencias que en la manifestación de estos fenómenos introducen dos fuentes globales de determinación: de una parte, el papel subordinado de estos países en el sistema mundial capitalista, y de otra, el fenómeno de la fase recesiva por la cual atraviesa el capitalismo y sus efectos sobre los eslabones subordinados de su encadenamiento.

II. División del Trabajo y Condiciones Generales de la Acumulación

Uno de los rasgos característicos de la estructura económica capitalista, como se sabe, es su tendencia a profundizar la cooperación. La competencia entre los capitales individuales por apropiarse de una porción mayor del trabajo social, y la búsqueda del capital en su conjunto por disminuir en la producción la proporción del trabajo necesario y de esta manera ampliar la plusvalía que se extrae a los trabajadores directos, impone una dinámica con la cual se persigue multiplicar la productividad del trabajo. El medio privilegiado para alcanzar este objetivo es el de la coordinación cada vez más compleja de los distintos trabajadores, quienes al entrar a formar parte de una unidad colectiva, amplían la efectividad de su potencialidad productiva³.

Este proceso tiene dos aspectos. De una parte, el proceso de cooperación se desarrolla en el interior de la unidad básica capitalista (el capital individual como polo privado de acumulación): cada capitalista integra un determinado número de trabajadores directos, profundizando cada vez más la división del trabajo entre ellos, y al mismo tiempo dándoles una dirección única y coordinando sus acciones parciales.

El desenvolvimiento de este proceso, que ha sido ampliamente estudiado, empezando por el propio Marx, atraviesa distintas etapas, desde la llamada cooperación simple, en donde se adicionan aritméticamente trabajadores que siguen realizando tareas individuales similares a las que desarrollaban cuando estaban aislados, pero en quienes su simple reunión amplifica su po-

³ Marx, Karl. *El Capital* T. I, Cap. XI, XII y XIII.
Trad. FCE, México.

tencialidad productiva, pasando por la manufactura, en la cual los trabajadores, a pesar de valerse de instrumentos manuales, desarrollan sólo tareas parciales de un proceso de trabajo cuyo sentido es colectivo, hasta la etapa de la gran industria maquinizada, en donde los instrumentos de trabajo se tornan más complejos (máquinas), y la división del trabajo se establece entre estas máquinas o conjuntos de máquinas, para quienes los trabajadores directos no son más que su extensión. Incluso se habla en nuestros días de una cuarta etapa en la cooperación, la llamada "automatización", en la cual la máquina misma adquiere una mayor autonomía en la realización de las tareas elementales, y la labor del trabajador se torna más indirecta, limitándose al suministro de información, a la supervisión, etc. Entre los múltiples efectos de este desenvolvimiento, evidentemente se destaca el aumento de la productividad, pero también un fortalecimiento del entrelazamiento de los trabajadores y su interdependencia social, lo que genera no pocos fenómenos contradictorios.

Pero por supuesto, la división del trabajo y la cooperación no se restringen al ámbito de cada capital particular. La cooperación, que vista desde esta óptica restrictiva estaría limitada por el grado de acumulación y concentración de capital en cada momento, trasciende estos límites. Con el desarrollo del Modo de Producción Capitalista se intensifica la interdependencia entre los distintos capitales y cada uno de ellos debe centrarse en ciertos procesos específicos. Mirado desde el punto de vista de cada capital, su proceso de acumulación es inconcebible sin el cumplimiento simultáneo de una serie de procesos económicos que desbordan los límites de su esfera de acción particular.

Sin embargo, estas dos dimensiones del proceso de cooperación en la so-

ciedad capitalista tienen naturalezas bien diferentes. Al interior de la unidad de producción, ella está comandada por la férrea autoridad del capital y por su voluntad única. A nivel de toda la sociedad, esta socialización es fortuita y a posteriori: son las leyes externas del mercado las que la hacen posible, siempre de forma precaria y contradictoria. La ciudad capitalista es precisamente uno de los mecanismos que soporta a este último tipo de cooperación: ella permite la concentración física y la simultaneidad de los procesos, cuya virtualidad multiplicadora de las potencias del trabajo humano ya conocemos, a nivel de la unidad productiva. Ella da pie para el entrelazamiento de diversos procesos de producción. Permite el acceso a valores de uso colectivo a los cuales no se llegaría fácilmente de otra manera. Posibilita el encuadramiento y la reproducción global de enormes contingentes de fuerza de trabajo. En otras palabras, desempeña en forma ampliada un papel similar al que cumple la fábrica en el ámbito restringido de la producción individual. Sólo que este es un mecanismo que resulta de un proceso ciego, detrás del cual no existe ninguna voluntad consciente, y es el producto de la interacción, siempre precaria, de una multitud de intereses particulares, y a menudo, contradictorios.

Ahora bien, retomando la óptica del capital individual, en la sociedad capitalista lo fundamental de los procesos complementarios a su acumulación individual y que desbordan su esfera de acción particular, están, "asegurado" (es un decir, por supuesto), por la acción de otros capitales. Dicho en otros términos, este papel lo cumple la división del trabajo entre los capitales, y su mecanismo unificador es precisamente el mercado.

Pero, y con esto nos vamos acercando al tema que nos ocupa, ocurre que

entre las múltiples tensiones y desarrollos que tiene este proceso, se debe destacar el siguiente: en cada momento existe una serie de valores de uso y de actividades, que siendo indispensables para la acumulación en su conjunto, no pueden ser emprendidos por los capitales individuales. Miremos algunos de estos obstáculos que se interponen a la acción del capital individual en la producción de estos valores de uso. La escala requerida para su producción suele desbordar el grado de acumulación y concentración de capital en un momento determinado, y ningún capital tomado separadamente está en capacidad de emprender estos procesos. La naturaleza misma de ciertos valores de uso, por ejemplo su consumo colectivo difícilmente divisible, con frecuencia obstaculiza su circulación mercantil, y por lo tanto no permite que alrededor suyo se estrelle un proceso de acumulación privada. Puede ocurrir asimismo, que estas inversiones no encuentren una demanda solvente, y los capitales eventualmente comprometidos en ellas no puedan alcanzar una remuneración normal. Esto que sólo es una manifestación, puede reformularse de la siguiente manera: su circulación mercantil normal, implicaría una tasa de ganancia media para el capital que los produce llevaría a un drenaje de tal magnitud sobre el fondo general de plusvalía, que comprometería seriamente la tasa de ganancia global. Al lado de estas dificultades básicas, existen otras que pueden cobrar una importancia definitiva en ciertos momentos: el período de rotación del capital puede ser tan prolongado que supere el horizonte de previsión de cualquier inversionista de carne y hueso, los riesgos pueden ser excesivos, o incluso enfrentarse a barreras jurídicas o políticas difíciles de manejar por un capital particular.

En estas circunstancias, en la sociedad capitalista se acude a diferentes

recursos para obviar estas limitaciones e intentar garantizar la existencia de estos valores de uso que el capital individual no puede producir por su cuenta, pero que son indispensables para la acumulación en su conjunto. El más evidente, y que tiende a fortalecerse a medida que se consolidan las relaciones sociales capitalistas, es la intervención estatal, que toma a su vez, distintas modalidades. Una de ellas, tal vez la más nítida, consiste en que el Estado toma a su cargo directamente la producción de estos valores de uso. Para realizar esto, el Estado crea organismos "capitalistas desvalorizados", cuya característica central es que el sentido último de sus acciones no radica en operar como polos privados de acumulación, sino precisamente en contribuir a la reproducción del capital en su conjunto. Una de las manifestaciones de este carácter, aunque no la única, ni tampoco está siempre presente, es el hecho de que su dinámica no está signada por la búsqueda de una ganancia normal. De esta manera el Estado puede emprender ciertas actividades que están vedadas para el capital privado. Otra de las modalidades de intervención estatal es la creación específica de ciertas circunstancias ad-hoc para que el capital privado pueda operar allí donde las condiciones espontáneas no se lo permitirían. Esto se lleva a cabo a través de distintos instrumentos, como son el otorgamiento de subsidios y transferencias, la concesión de monopolios, etc. En el apartado siguiente exploraremos algo más acerca de la lógica que comanda esta acción estatal.

Es importante recordar, sin embargo, que existen alternativas para atender estos valores de uso, diferentes a su asunción por parte del Estado. Una de ellas, particularmente importante en países dependientes, es el recurso a modalidades de producción privadas, pero no capitalistas. Esto nos da una pista para entender la pervivencia, e

inclusive proliferación, de formas de producción de ciertos bienes y servicios que normalmente corresponden a organizaciones sociales más primitivas, cuando las relaciones sociales capitalistas están consolidadas globalmente. Dentro de esto se podría distinguir groseramente, de una parte, la cesión del cumplimiento de estas actividades a productores mercantiles quienes por su definición no capitalista, no operan buscando una ganancia normal, sino en términos de su reproducción como productores. De otra parte, la asignación de estos roles a modalidades de producción no mercantil, como el autosuministro y el trabajo doméstico.

En una línea similar a la que venimos de anotar, se podría mencionar, sobre todo cuando el capitalismo atraviesa etapas monopolistas en las cuales se establecen nítidas diferenciaciones en las tasas de ganancia para el gran capital y para los pequeños capitales subordinados, la cesión de estas actividades al pequeño capital que sólo está en condiciones de exigir una remuneración menor a la del capital monopólico, lo que algunos llaman la "desvalorización" de fracciones de capital privado.

Anotemos que entre las múltiples contradicciones que tienen estas opciones, a la intervención directa del Estado, se encuentra la siguiente: por sus mismas características, estas modalidades alternativas de producción tienen poco acceso a técnicas avanzadas. Esto implica la imposibilidad de que se pueda recurrir a estas formas productivas en el suministro de ciertos valores de uso que requieren técnicas sofisticadas, y la poca eficiencia y mala calidad de los productos, lo que en ocasiones se puede convertir en cuellos de botella para la acumulación de capital en su conjunto.

Finalmente, y aunque parezca paradójico, debemos contemplar la alter-

nativa del no suministro de estos valores de uso. Parecería que por su propia definición de indispensables para la acumulación, su ausencia sólo sería compatible con un bloqueo de la acción del capital. Sin embargo, se debe tener en cuenta que en general esta indispensabilidad es de largo plazo, y para poder comprender el desenvolvimiento histórico de la provisión de estos valores de uso, se deben contemplar períodos de deterioro y penuria de estos bienes y servicios.

En la siguiente sección, a través de un análisis somero de los elementos que comandan la acción de los organismos estatales que atienden estos valores de uso, intentaremos descifrar algunos de los mecanismos que determinan la adopción sucesiva de estas alternativas y su combinación, en el caso de algunos valores de uso colectivo urbano.

III. El Estado Capitalista y la Creación de Valores de Uso Colectivo

Como hemos dicho, la urbanización capitalista es uno de los soportes que sustentan la cooperación a nivel de toda la sociedad. La concentración en un espacio reducido, estrecha el entrelazamiento de los capitales individuales y aumenta su productividad, reúne a los consumidores y facilita la circulación de mercancías, compacta la fuerza de trabajo y facilita su reproducción colectiva, abre el campo para actividades especializadas que sustentan la acumulación. Sin embargo, la otra cara de esta concentración, es que ella misma tiene unos "costos", es decir, exige la creación de unos valores de uso en cuya producción se consume trabajo social. De una parte, la misma concentración exige procesos de autorregulación que no existirían o serían de poca importancia ante otra alternativa de distribución espacial. De otra parte, algunos de estos valores de

uso aparecen como requisitos para que la estructura urbana opere eficazmente como soporte de la cooperación capitalista. Así vemos, que cuando las aglomeraciones urbanas sobrepasan una cierta magnitud, comienzan a tomar importancia actividades que de otra manera no tendrían por qué tenerla: el transporte y las comunicaciones intraurbanas, la eliminación de los desechos, la regulación del tráfico, el control de la contaminación, etc. Pero para que estas aglomeraciones cumplan efectivamente los roles de potenciar la acumulación capitalista, son necesarios valores de uso adicionales: suministro de energía de uso industrial y doméstico, agua potable, espacio construido para vivienda y otros usos, educación, lugares de recreación, seguridad, servicios de salud, etc.

Como puede verse, muchas de estas condiciones generales de acumulación constituyen valores de uso cuya producción presenta algunas características que hemos mencionado en el apartado anterior, que las hacen difícilmente suministrables por el capital individual. ¿Cómo se enfrenta su producción? ¿Cuál es el hilo conductor que explica las distintas manifestaciones de estas respuestas, su diversidad de una formación social a otra, de un momento a otro en una misma formación social, inclusive las diferencias entre distintos valores de uso? ¿Cuáles son las consecuencias de cada una de estas alternativas, sus contradicciones internas y su conexión con la red general de relaciones sociales? Se trata de preguntas especialmente ambiciosas y abarcadoras que requieren, para ser colmadas satisfactoriamente, la movilización de recursos teóricos y empíricos que rebasan ampliamente nuestras posibilidades. Aspiramos sin embargo a presentar algunas ideas que nos ayuden a acercarnos a esta reflexión.

Cuando el Estado asume la provisión de uno de estos valores de uso,

indudablemente canaliza recursos sociales, parte del trabajo global de la sociedad. El origen de estos recursos no puede provenir, en la sociedad capitalista, sino de uno de los sectores en los cuales en este tipo de organización productiva se distribuye el producto del trabajo social: de los salarios de los trabajadores, o de la plusvalía en sus diferentes modalidades, ya sea en su forma de ganancia capitalista, o de renta territorial. Normalmente estos fondos monetarios deben ser convertidos en medios de producción, y combinados con fuerza de trabajo para producir los valores de uso en cuestión.

Con frecuencia se argumenta que tanto la gestión de estos recursos, como su drenaje, tienen una dinámica de tipo político. Nosotros quisiéramos matizar esta noción, pues sin desconocer este aspecto, como lo expondremos más adelante, en el manejo de estos recursos canalizados por el Estado existe un componente de racionalidad económica capitalista, que aún con contradicciones y desviaciones, es irreductible.

Como hemos dicho, los fondos estatales están alimentados en parte por el drenaje de la ganancia capitalista. Para cada capitalista, esto significa desprenderse de una parte de la plusvalía por él obtenida directamente, con el fin de asegurar estas condiciones generales de su acumulación que él mismo no puede crear independientemente. La racionalidad económica capitalista consiste en que cada polo privado de acumulación intenta modular sus decisiones de tal manera que con un mínimo de inversión, se obtengan efectos que maximicen la plusvalía por él apropiada. Aunque cruzado por otros determinantes que examinaremos, este principio no está ausente en los mecanismos de tributación del capital. En el límite, cada capital no estará dispuesto a desprenderse de una parte de

su ganancia, sino en la medida en que esta acción efectivamente desemboque en la creación de condiciones realmente necesarias para su acumulación, y en una cuantía "adecuada". Por supuesto que existe una dimensión política que se le superpone, pero este elemento impone pautas para el enfrentamiento a este respecto de las diversas fuerzas sociales.

De otra parte, a nivel de la gestión del Estado, existe también un componente de racionalidad económica. Se dice que el Estado capitalista no es una entidad dotada de voluntad, y que sus acciones no son más que el resultado de las tensiones entre diferentes fuerzas de la sociedad. Esto es incuestionable, y particularmente evidente en la acción global y de largo plazo del Estado. Pero es indudable que en las acciones concretas existe una dimensión de racionalidad capitalista, inclusive con un componente propiamente económico. Esto se manifiesta, por ejemplo, en que por supuesto reflejando en cada momento una correlación de fuerzas determinada, el Estado intentará escoger sus acciones de tal manera que con sus recursos limitados ellas tengan el impacto más favorable sobre la acumulación de capital. Ante varias opciones para lograr el mismo efecto, el Estado tenderá a escoger la que implique menos costos, por supuesto dentro de los límites que le impone la confrontación entre las clases. Es inadecuado, a nuestro entender, subestimar los instrumentos de planificación estatal desarrollados extraordinariamente en la fase monopolista del capitalismo: por supuesto ellos tienen un aspecto de simple legitimación de la dominación, y a pesar de su propia presentación, reflejan apenas la socialización que puede alcanzar el capital, con sus contradicciones, pero no se trata solamente de entidades con vocación meramente ideológica, sino que también, dentro de sus límites, son una guía objetiva para la acción.

Los organismos creados por el Estado para producir estos valores de uso, no pueden eludir las leyes del valor. De hecho, su inserción en la estructura económica capitalista, los obliga a actuar dentro de estos parámetros, contratando fuerza de trabajo de acuerdo con el mercado laboral, adquiriendo insumos a precios mercantiles; inclusive la circulación de sus productos, a menudo con modificaciones es cierto, no ignoran las pautas del mercado, para no hablar de la necesidad de utilizar la programación, el control de personal, etc., normas que ha creado el capital privado para su propio funcionamiento. Es por esto que se habla de "capitales estatales desvalorizados", en cuya denominación el término "capital" alude a este carácter de los organismos públicos, para quienes, a pesar de no operar como polos privados de acumulación, y por lo tanto articulan en el motor de su producción objetivos diferentes a la acumulación directa, esta última no le es completamente ajena y contribuye a guiar su dinámica.

El énfasis que aquí hacemos sobre esta dimensión de racionalidad económica capitalista en el funcionamiento de ciertos aparatos estatales, que subrayamos tal vez en exceso en gracias a la discusión, tiene varios objetivos. De una parte, recordar los nexos de sus prácticas con la dinámica del capital propiamente dicho, y matizar algunas visiones que conciben su gestión con una lógica completamente extraña a las leyes económicas capitalistas, guiadas exclusivamente por elementos políticos, e inclusive, "post-capitalistas". De otra parte, porque creemos que estos aspectos permiten la comprensión de muchas acciones que serían difíciles de explicar desde otras perspectivas. Mencionemos algunos ejemplos: con frecuencia el Estado y la burguesía, emprenden iniciativas de suministro de valores de uso colectivo que en rigor no le han sido arrancadas

por la presión de las masas. Es probable que ofensivas tales como la producción de vivienda popular, servicios de salud y educación, etc., en determinadas circunstancias sean explicadas en buena parte por esta lógica económica, en la que el Estado interviene sobre las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo como operaría sobre la adecuación de cualquier otro insumo para la acumulación de capital. Asimismo, las grandes diferencias en el nivel de estos gastos entre países avanzados y atrasados, o entre una y otra etapa del desarrollo capitalista, pueden tener que ver precisamente con las necesidades diferenciales en la calidad de la fuerza de trabajo que requiere el capital en cada circunstancia.

Pero por supuesto, sería una simplificación excesiva considerar los aparatos estatales como entidades meramente económicas, y con esta óptica sería muy difícil descifrar el comportamiento global del Estado. De hecho existen otras determinaciones, a las cuales intentaremos aludir brevemente.

El hecho de que para cada capital individual, el drenaje de su contribución a los fondos estatales rara vez pueda adoptar mecanismos automáticos de mercado, crea peculiaridades importantes. Aunque cada capitalista vea la necesidad de crear condiciones generales para la acumulación, y que no niegue la legitimidad del principio de la tributación, intentará eludir el soportar estos costos y procurará que éstos recaigan sobre otros agentes: en primer lugar sobre otros sectores no capitalistas, y en segundo lugar sobre otros capitalistas. Esto quiere decir que para este drenaje de fondos se debe acudir a mecanismos explícitos de coerción, en los cuales un dato de suma importancia es la relación de fuerzas a nivel político. En otras palabras este aspecto de la sociabilidad capitalista y su posibilidad de generar

los valores de uso que el capital individual no puede producir, encuentra un límite (o una opacidad) en la capacidad política y administrativa que tenga el Estado para acopiar los recursos necesarios para ello, lo que además de la restricción del grado de acumulación global (la capacidad real de los capitales para alimentar estos fondos), tiene como elemento importante la resistencia de los capitales particulares a esta contribución. En cierta manera, de aquí se desprenden los elementos más contradictorios de la urbanización capitalista. Los aspectos de este proceso que refuerzan la cooperación, se manifiestan directamente como beneficios particulares para cada capital, y esto crea una fuerte dinámica hacia la concentración espacial. Pero esta misma concentración exige incurrir en gastos generales que no se manifiestan directamente en el mercado sobre cada capital. En otros términos, cada capital aspira a obtener las ventajas de la urbanización, pero que sus costos sean pagados por otros. Es el Estado quien debe acopiar estos recursos, y las limitaciones políticas de coerción sobre cada capital dificulta que esto se realice en la cantidad y en el momento adecuado. Es importante señalar que este desfase se acentúa con el desarrollo de la urbanización capitalista, pues estos costos tienden a aumentar, inclusive más que proporcionalmente al crecimiento de la ciudad, y que se agudiza en momentos de crisis de acumulación, durante los cuales cada capital está menos dispuesto a ceder una parte de su ganancia inmediata.

Por supuesto que esta misma contradicción se manifiesta a nivel del Estado. Expresando siempre una correlación cambiante de fuerzas, en el Estado se da una pugna permanente por redistribuir las cargas de estos costos generales, en principio en perjuicio de los sectores no capitalistas, y adicionalmente, de las fracciones capitalistas no hegemónicas. Esto se presen-

ta también a nivel de la gestión de los fondos estatales: cada fracción de capital intentará que estos recursos sean asignados de manera preferencial hacia acciones que beneficien directamente su acumulación particular, y será una de las fuentes más importantes de distorsión de una gestión transparentemente "racional", por parte del Estado.

En principio se podría decir que existe una jerarquización en el caso de los valores de uso colectivo urbanos, en cuanto a su atención prioritaria por parte del Estado. Inicialmente se atienden con preferencia los valores de uso colectivos que afectan directamente la producción de plusvalía; subsecuentemente, aquellos bienes y servicios que sin ser creadores de valor están relacionados con procesos que son indispensables para la acumulación, y son esferas de acción del capital privado; adicionalmente, valores de uso colectivo necesarios para estructurar el consumo de plusvalía, es decir, el consumo de las clases dominantes; y finalmente, se atienden los valores de uso ligados a la reproducción de la fuerza de trabajo. No es innecesario advertir que esta jerarquía inicial está constantemente transgredida (sin que deje de existir), por diversas razones: la constante transformación en las relaciones de las fuerzas sociales, entre cuyos participantes deben contarse no sólo las distintas fracciones de capital, sino también las clases dominadas; la lógica de cada uno de estos valores de uso, que en ocasiones entran en crisis con respecto a su papel social, exige respuestas coyunturales que pueden violar esta jerarquía, etc.

Estas, sin embargo, no son las únicas determinantes adicionales que complejizan la acción estatal al respecto y que la apartan de una gestión exclusivamente comandada por la racionalidad capitalista. De una parte debemos tener en cuenta que el Estado

cumple para el capital otras funciones adicionales a la estrictamente económica. De otra parte, estos organismos estatales tienen sus propias contradicciones, en su calidad de capitales.

Uno de los requisitos de la reproducción de las relaciones sociales capitalistas es la integración política de las clases dominadas, y en ello el aparato estatal juega un papel preponderante. Esto se refleja en prácticas que en muchas ocasiones van al encuentro de su racionalidad económica. Mencionemos dos, entre muchas que pueden ser importantes: la provisión de valores de uso colectivo, con frecuencia es manejada con criterios legitimadores, tanto a nivel general (grandes obras simbólicas de prestigio para una determinada administración), como a nivel particular, creando clientelas electorales o grupos de apoyo político para determinadas fracciones. El enganche de personal en las entidades gubernamentales con frecuencia sigue esta misma lógica, y no es raro encontrar situaciones en las cuales las nóminas son excepcionalmente numerosas, o de cualidades inadecuadas a las funciones técnicas que deben cumplir los aparatos estatales. Si a esto agregamos fenómenos como la corrupción, la burocratización, la discontinuidad en las políticas que refleja el relevo en el control de las ramas del aparato estatal por distintas fracciones, podemos comprender que este aspecto de la dimensión es una fuente continua de interferencias para la acción técnica del Estado, la "ingerencia de la política sobre la administración", en el lenguaje tecnocrático, que lejos de ser algo fortuito, hace parte de la naturaleza del Estado en la sociedad capitalista.

Pero existe otro tipo de ingobernabilidad en la acción técnica del Estado, y es la confrontación con las clases dominadas. La movilización de sectores populares a menudo arranca al Estado concesiones

en el suministro de valores de uso colectivo, en sus formas de lógica capitalista que el Estado quiera dar a sus acciones, y cuya dinámica sólo puede ser comprendida en términos de la relación política de fuerzas entre las clases en pugna.

Asimismo, hay que recordar que los capitales estatales desvalorizados deben contratar fuerza de trabajo asalariada, y allí surge una nueva fuente de contradicciones, pues esta mano de obra se organiza, lucha por reivindicaciones propias y resiste a la explotación. La movilización de los trabajadores estatales es esencialmente relevante por varias razones: en general, desde muy temprano, se trata de conjuntos muy numerosos de trabajadores; el carácter estratégico de los valores de uso que producen, a menudo los fortalece políticamente; la coincidencia de patrono y Estado, es un elemento que favorece la radicalización política.

A grandes rasgos, la trayectoria de la producción de cada uno de estos consumos colectivos obedece a la acción conjunta de esta multiplicidad de determinantes que operan a menudo con signos contrarios y con diversa intensidad. Su jerarquización, por supuesto, tiene un sentido histórico (imposible de captar a priori desde una perspectiva puramente estructural que no es sino la base para exámenes concretos), y cuyas transformaciones rara vez tienen un carácter continuo y lineal.

Es importante señalar que las características mismas de cada valor de uso, su papel con respecto a la acumulación y al sistema urbano, sus requerimientos técnicos, hacen que la intensidad de diversas contradicciones se presente en forma muy divergente. Es por esto que no solo existen transformaciones muy importantes en la lógica de producción de estos valores de

uso colectivo en distintos períodos, sino inclusive grandes diferencias entre ellos en un mismo momento. Precisamente entre las referencias de transformación de estas dinámicas, se debe incluir las alternativas que hemos mencionado a la producción estatal directa, cada una de las cuales puede cumplir un papel peculiar en cada momento, y a la vez con sus propias tensiones. Todo esto exige una atención particular al análisis desagregado: rara vez encontraremos regularidades simples que permitan soslayar exclusivamente a partir de ellas la dinámica general. En otras palabras, el análisis debe dar cuenta simultáneamente de la multiformidad de las manifestaciones, y de las determinaciones generales que les dan sentido global, lo cual debe realizarse a partir de exámenes empíricos, y de un análisis teórico sistemático, que permita jerarquizar sus componentes.

IV. Medios de Consumo Colectivo y Urbanización Dependiente

Indudablemente, una de las fuentes generales de determinación de las especificidades en las manifestaciones de los valores de uso colectivo urbano en los países atrasados, es precisamente la calidad de estos últimos en formaciones sociales periféricas, y las peculiaridades que de allí se desprenden sobre el proceso de urbanización, en una etapa en que el capitalismo mundial atraviesa una fase monopólica.

Una nota peculiar de estas formaciones sociales, si se les compara con los países centrales, es su relativa debilidad en la acumulación de capital a nivel global, que se deriva precisamente de su posición subordinada en la cadena capitalista mundial. En nuestra línea de reflexión, esto traería una primera consecuencia, y es la limitación relativa en los recursos que la formación social como un todo puede desti-

nar a la creación de estas condiciones generales de la acumulación, y en particular, a los valores de uso colectivo urbanos.

Sin embargo, el desfase entre el interés privado del capital con respecto a la concentración espacial y los procesos que desencadena, de un lado, y del otro, las consecuencias globales de la urbanización, se presenta aquí de una manera especialmente aguda. Partiendo de una distribución espacial relativamente dispersa, en un momento avanzado de las relaciones productivas a nivel global y de complejidad de las redes económicas, los beneficios privados que para el capital ofrece la aglomeración urbana son de particular intensidad, y existe una fuerte tendencia de los polos privados de acumulación a implantarse concentradamente. La descomposición que la proliferación de las relaciones sociales capitalistas ejerce sobre otros tipos de estructuras sociales tradicionales, echa a andar fuertes procesos de reacomodamiento espacial de la población que engrosan las aglomeraciones urbanas. El resultado es un crecimiento sumamente considerable y veloz de los centros urbanos, que contrasta con la precariedad de los fondos disponibles para la creación de valores de uso que estas aglomeraciones exigen. Es así como encontramos diferencias de contenido en las "regiones metropolitanas" de los países centrales, cuya enorme extensión en cierta manera está articulada por la provisión relativamente alta de valores de uso colectivo, y las grandes ciudades de los países atrasados, cuyo gran tamaño acompaña y agrava la precariedad de estos consumos.

Sin embargo, los diversos niveles de provisión de valores de uso colectivo urbanos no son un reflejo transparente de los diferentes niveles de acumulación. En los países atrasados existen circunstancias que afectan la capaci-

dad de respuesta proporcional ante estas exigencias de una manera global, y adicionalmente, ellas modulan la distribución de los esfuerzos entre los distintos valores de uso.

La celeridad en el crecimiento de las ciudades es una de estas circunstancias, la cual, aunque reconocida explícitamente, sus consecuencias no siempre son tomadas en cuenta en toda su significación. La expansión sumamente acelerada de estas ciudades, que ven multiplicar su población en períodos de tiempo muy cortos, y su extensión física aún más, crea enormes exigencias, en general más que proporcionales a esta expansión, en términos de suministro de valores de uso colectivo. Durante etapas de considerable extensión, los aparatos locales encuentran enormes dificultades para responder a este ritmo acelerado: no sólo en términos de la complejidad que deben alcanzar estos aparatos para dar respuesta a estas exigencias, sino también en cuanto a los instrumentos jurídicos y a la capacidad política para drenar los recursos necesarios del capital privado. La acentuada penuria en estos países, durante ciertas fases está explicada en una parte no despreciable por estas rigideces en la capacidad de respuesta de los organismos de administración local.

Otro elemento que confluye en la misma dirección, se desprende del peso específico más limitado que tiene de tener el Estado frente al capital privado. El relativo atraso de la imbricación de las relaciones capitalistas, tiene como correlato un desarrollo menos avanzado del aparato estatal en tanto unificador de los intereses globales de las clases explotadoras, y en su capacidad de crear estrategias de largo plazo. Esto lo afirmamos por supuesto en términos relativos, y no es incompatible con regímenes sumamente autoritarios. Lo cierto es que

con frecuencia el Estado tiende a obrar como instrumento que favorece los intereses inmediatos de fracciones dominantes estrechas, con un margen limitado de acciones globales y de largo aliento. Esto se traduce en una relativa autonomía de la acción espontánea de los capitales, y estrecha la capacidad de maniobra del Estado frente a ellos. En términos de la provisión de consumos colectivos, el Estado proporcionalmente encuentra mayores dificultades en exigir al capital privado una parte de sus ganancias directas, le es difícil legitimar acciones de un amplio horizonte, incluyendo particularmente las que tienen que ver con la legitimación de la dominación y con la integración de las clases dominadas en el largo plazo.

La inserción del capital periférico en una red mundial capitalista que ha alcanzado ya un nivel de sofisticación y un grado avanzado de monopolización, tiene también consecuencias sobre el proceso que nos ocupa. La competencia del capital central, que tiene además de las ventajas de un mayor grado de acumulación, las que se desprenden de economías de aglomeración en sus bases de operación, obligan al capital que actúa localmente a varias modalidades de prácticas que nos interesan.

La necesidad de crear aglomeraciones urbanas con un mínimo de coherencia, relativamente comparables en algunos aspectos a aquellas de las que dispone el capital metropolitano, genera una tendencia en los organismos del Estado a asignar una parte predominante de sus recursos limitados a la creación de valores de uso directamente ligados a la acumulación de capital, y en particular a la producción de mercancías, en detrimento de aquellos ligados con el consumo y especialmente, con la reconstitución de las capas populares. Este sesgo en con-

tra de los consumos populares tiene por supuesto otros determinantes y consecuencias peculiares en sus manifestaciones, de lo que nos ocuparemos en su momento adecuado, pero encuentra ya aquí uno de sus resortes.

Otra consecuencia de la urgencia que tiene el capital periférico de crear unidades urbanas con una cierta consolidación, es la necesidad de concentrar sus recursos limitados en unos pocos centros primados en detrimento de otros componentes de la formación social. El resultado es un equipamiento muy desigual, que contrasta con la creciente homogeneización económica del territorio que perciben los observadores del desenvolvimiento espacial de los países centrales. Una implicación de esto es el reforzamiento de tendencias a la concentración espacial que desemboca en una marcada presencia de la macrocefalia en la red urbana, pues estos desequilibrios en el equipamiento, que incluyen condiciones de vida para la población, atraen migrantes hacia los centros urbanos primados, que a este respecto son privilegiados⁴. Otra repercusión de esto es la agudización de las tensiones regionales, pues la población que habita en otras unidades espaciales, se ve desfavorecida con estas tendencias centralistas, que como vemos, no surgen de una supuesta mala voluntad burocrática, sino de las exigencias mismas del desarrollo del capital. Podemos notar que estos enfrentamientos involucran sectores sociales muy variados, lo cual es una base para la configuración de estas luchas, que tienden a fortalecerse con la consolidación del capital, pero que con frecuencia tienen un carácter poli-clasista, con la presencia inclusiva de fracciones burguesas locales, lo cual no deja de incidir en las características

⁴ S. Jaramillo. "Acerca de la macrocefalia urbana en América Latina". *Desarrollo y Sociedad*, No. 1, CEDE, Bogotá 1979.

y en la dinámica de estas movilizaciones.

Existen otros elementos que tienden a restringir el gasto del Estado en valores de uso conectados directamente con la reproducción de la fuerza de trabajo. De nuevo la posición de los países periféricos en la cadena capitalista mundial, le impone al capital en estos países exigencias peculiares con relación a la mano de obra. El desarrollo desigual del capital internacional, que crea a este nivel condiciones muy diferentes para la acumulación, impone al capital operando en la periferia, como medio de contrarrestar parcialmente la competencia, una estrategia central de abaratamiento de la fuerza de trabajo: en esto consiste su "ventaja comparativa". Esto lo lleva a concentrarse en procesos productivos que requieren mano de obra con baja calificación, y por lo tanto menos costosa, de una parte, y de la otra, el capital tiene intereses muy fuertes en reducir los costos de reposición de la fuerza de trabajo globalmente, porque en buena proporción de eso depende su propia supervivencia. Esto por supuesto se refleja en la lógica del gasto público en valores de uso colectivo urbanos, que tiende a ser débil en lo que respecta a los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo.

Pero claro está, esto no sólo depende de la voluntad del capital, sino que también obedece a circunstancias generales que lo hacen posible. No pretendemos entrar de lleno en el espinoso problema de la determinación de las "necesidades sociales", pero por lo menos señalemos algunos puntos que pueden operar en la dirección que estamos indicando. Estimamos que la fijación de mínimos aceptables socialmente en el consumo de ciertos valores, depende en buena parte de la experiencia colectiva de estos sectores, que delimita sus términos de refe-

rencia. Las características de la urbanización en los países dependientes, sumamente veloz y alimentada en buena parte por migrantes rurales o de pequeñas poblaciones, hace que los elementos de comparación en términos de valores de uso colectivo urbanos, para proporciones importantes de la población de las grandes ciudades, sea de un nivel relativamente bajo. Esto permite al Estado suministrar en forma muy precaria muchos de estos bienes y servicios, sin que en determinadas circunstancias su efecto social sea intolerable y genere respuestas políticas de gran envergadura.

Esto está ligado además con la supervivencia dentro de capas populares, de procesos no capitalistas de producción de algunos de estos valores de uso. Teniendo en cuenta la precariedad en los niveles de estos consumos, dentro de ciertos límites el Estado tiene la opción de descargar sobre estas estructuras la provisión de algunos bienes y servicios. De esta forma, aunque por lo general cambiando de contenido, estas modalidades de producción atrasadas se revitalizan y alivian la presión sobre la provisión estatal de valores de uso colectivo, complejizando de paso las formas de manifestación política de estas contradicciones. (Recuérdese la magnitud en las ciudades de países atrasados, de procesos como la autoconstrucción de vivienda, de autosuministro comunal de algunos servicios públicos, etc.)

Se afirma que en los países dependientes la acción del capital tiende a generar un grado de concentración de la población en las grandes ciudades que crea excedentes de fuerza de trabajo que el capital no puede absorber directamente en forma de asalariados. Esto tiene lugar en forma recurrente, porque el capital no sólo atrae población hacia los centros urbanos en virtud del empleo que genera su acción directamente, que de todas maneras es

limitado debido a su débil ritmo de acumulación y a su composición técnica relativamente avanzada, sino por los procesos colaterales que desencadena: la descomposición de relaciones sociales tradicionales y el equipamiento desigual en favor de las grandes urbes. Esta población excedente crea una presión sobre la fuerza de trabajo asalariada, que facilita su explotación, pero tiene otras consecuencias directamente relacionadas con la provisión de valores de uso colectivo. La mano de obra no articulada directamente al capital se ve obligada a crear mecanismos de supervivencia peculiares, que en general consisten en ligarse a la economía de mercado en tanto productores mercantiles simples. Su baja productividad se compensa a menudo por la precariedad de sus condiciones de vida (y por el hecho de no perseguir una ganancia rugurosamente capitalista), que les permite la producción de valores de uso a precios relativamente bajos. Esto, de una parte, es articulado directamente a la acumulación, pues el capital puede obtener a bajo costo ciertos insumos y procesos de distribución, pero también se liga a la reproducción de valores de uso de consumo popular, creando una forma de proletarización sui generis, en donde la familia como unidad de reproducción de la fuerza de trabajo, debe buscar su reconstitución global combinando el mecanismo del salario con otras modalidades de supervivencia⁵. Dentro de estos valores de uso así desplazados de la acción directa del capital y del Estado, figuran en forma preponderante ciertos valores de uso colectivo urbano.

Así mismo, la existencia de una fuerte proporción de superpoblación relativa, introduce peculiaridades den-

tro del mecanismo mismo de la reproducción de la fuerza de trabajo. Ante la afluencia continua de contingentes de mano de obra arrojados por procesos paralelos a la acción propiamente capitalista, el capital, sobre todo durante ciertos períodos, simplemente consume esta fuerza de trabajo, dedicando pocos recursos a su reconstitución. Es lo que L. Kowarik denomina la "dilapidación" de la fuerza de trabajo, que consiste de una parte en una remuneración salarial muy baja, incluso a niveles inferiores a los necesarios para la reconstitución física individual o intergeneracional (superexplotación), pero también una aguda precariedad de las condiciones generales de existencia, constituida en buena parte por estos consumos colectivos urbanos ("expoliación", en la terminología propuesta por Kowarik)⁶.

Ahora bien, esta tendencia marcada en los países atrasados a limitar los consumos colectivos de las capas populares, tiene entre otros, el siguiente elemento contradictorio: por su misma naturaleza colectiva, es difícil discriminar del consumo de valores de uso a ciertas capas de la población, y esto puede crear incompatibilidades con el desarrollo de otros procesos, como la producción de mercancías o el consumo de capas altas. Esto impone límites a la ausencia de atención a la provisión de estos valores de uso, pero también genera mecanismos explícitos para hacer compatibles distintos niveles de suministro en un mismo sistema urbano. Uno de ellos de mucha importancia, es la aguda segregación socioespacial de las ciudades, acompañada de un equipamiento muy desigual, lo que permite simultáneamente una grave penuria en el suminis-

⁵ Ayala, Ulpiano y Rey de Marulanda, Nohra, "La reproducción de la fuerza de trabajo en las grandes ciudades colombianas". *Desarrollo y Sociedad*, No. 1, CEDE, Bogotá 1978.

⁶ Kowarik, Lucio, "El precio del progreso: crecimiento económico, expoliación urbana y la cuestión del medio ambiente". Segunda Reunión Grupo Latinoamericano de Investigación Urbana. Caracas, 1979.

tro de estos valores de uso para las áreas ocupadas por sectores populares, y un equipamiento "normal", que estructure los procesos de consumo de capas altas y de circulación y producción de mercancías, de gestión, etc. La neta segregación socioespacial en las ciudades de los países atrasados no obedece por lo tanto solamente a disparidades culturales, sino también a la lógica de provisión de valores de uso colectivo urbanos en las condiciones particulares de la urbanización en países capitalistas periféricos.

Estas mismas condiciones generales crean una tendencia muy marcada a que los aparatos estatales de provisión de valores de uso colectivo, sean utilizados con fines de legitimación política. Es particularmente generalizado en estos países que por ejemplo, el suministro de valores de uso como los servicios públicos (electricidad, acueducto, etc.), que es precario y discriminado, se otorgue a cambio de apoyo político de comunidades locales. Los altos índices de desempleo y las severas condiciones de vida en los sectores no directamente ligados al capital, abre la posibilidad de que los puestos de trabajo en el aparato estatal se asignen de nuevo como favores políticos o como medio de contrarrestar tensiones. El subproducto de esta situación, como hemos visto a nivel general, pero que en estos países se presenta con particular evidencia, es la creciente inefficiencia de estos aparatos para cumplir sus tareas en el plano propiamente económico.

Ahora bien, existen valores de uso colectivo en los cuales sus condiciones técnicas y económicas contemporáneas entran en grave conflicto con los mecanismos de legitimación política tradicional incrustados en el aparato del Estado. Esto genera varias dinámicas: una de ellas es la conversión de la estructura política que rige ciertas ramas de este aparato, de tal manera

que pueda substraer su gestión, al menos relativamente, a las disputas políticas inmediatas, en especial a las de tipo electoral. Esta es la base de ciertas transformaciones de secciones del aparato estatal, cuya subordinación a los organismos políticos de representación popular y su fiscalización por parte de ellos, tiende a debilitarse, mientras que su gestión es reemplazada en forma creciente por una lógica de tipo tecnocrático. Otro mecanismo encaminado en la misma dirección es la cesión de estas funciones al capital privado, mediante la creación ad-hoc de condiciones de acumulación en estas actividades, a través de subsidios, de subcontrataciones o con la conformación de entidades de tipo mixto. Esto es particularmente pronunciado en valores de uso cuyas técnicas de producción sofisticadas, en muchas ocasiones desconocidas o fuera del alcance del capital local; son entonces empresas multinacionales las que entran a participar en la producción de estos valores de uso colectivo urbano.

Se da por lo tanto un doble movimiento: la pérdida de control de estas actividades por los organismos estatales de tipo político representativo, y el creciente influjo en su gestión por parte del gran capital. Esto se manifiesta en forma particularmente clara en lo que respecta a las entidades financieras internacionales: el volumen de las inversiones que exigen ciertos valores de uso colectivo urbano obliga en forma creciente a los aparatos locales de gobierno a acudir a prestamistas internacionales. Estos por lo general exigen una gestión del capital prestado a través de entidades fundamentalmente tecnocráticas, fuera del alcance de las presiones políticas inmediatas, y en cuya dirección el mismo capital internacional tiene un poder explícito muy importante. No es de extrañar por lo tanto que el rumbo de las ciudades en los países atrasados tenga cada vez

menos que ver con las discusiones en los cabildos y concejos locales, donde formalmente deberían tomarse estas decisiones, y dependan mucho más de la voluntad de tecnócratas y funcionarios de los grandes bancos internacionales.

V. Medios de Consumo Colectivo Urbano y Período Recesivo

Esta sección tiene como objetivo hacer algunas reflexiones que puedan servir de base inicial para interpretar algunas tendencias en el suministro de valores de uso colectivo urbanos en los países latinoamericanos durante los últimos años. Estos fenómenos, dentro de las circunstancias generales correspondientes a países periféricos a las que hemos intentado aludir en la sección anterior, exhiben modulaciones específicas durante los últimos tiempos, emergidas en general de dos circunstancias globales por las que atraviesan estos países tomados en conjunto. De una parte, los países más importantes del área han experimentando o comienzan a hacerlo, un drástico cambio en el modelo predominante de acumulación, pues el agotamiento relativo del proceso de "substitución de importaciones", los ha llevado a intentar reestructurar su articulación con la cadena capitalista mundial, en términos de la especialización en la exportación de ciertos bienes manufacturados con determinadas características. De otra parte, esto ha coincidido con el fin de un largo período de acumulación sin excesivos sobresaltos que ha vivido el capitalismo internacional a partir de la Segunda Guerra Mundial, que se vio interrumpido abruptamente por claros indicios recesivos, inclusive críticos, a mediados de la década de los setenta, y que indefectiblemente se hacen presentes, inclusive con mayor intensidad, en los países periféricos.

En lo que respecta a la producción de medios de consumo colectivo ur-

bano, dos son las principales consecuencias que estos procesos globales introducen: la desaceleración en el ritmo de acumulación genera límites en los fondos destinados a estos menesteres, cuyos requerimientos continúan expandiéndose, y un cambio en las exigencias con respecto a la fuerza de trabajo, pues en estas nuevas circunstancias se agudiza la necesidad de abaratizar la mano de obra.

En principio podemos decir que algunos procesos examinados anteriormente tienden a acentuarse: se fortalecen las dificultades de canalizar fondos para estos fines, su gestión se sesga aún más en contra de los procesos ligados a la reproducción de la fuerza de trabajo, se acentúan las desigualdades de estos equipamientos tanto en términos sociales, como interregionales, y se viven graves procesos de deterioro en el nivel de estos consumos. Examinemos, sin embargo, algunos mecanismos a través de los cuales esto se presenta, y algunas de sus consecuencias.

En general el Estado tiende a adoptar prácticas que minimicen las contradicciones que genera esta reducción en su margen de maniobra. Una primera acción, tendiente a que la reducción en los fondos estatales disponibles se traduzca mínimamente en los niveles de valores de uso producidos, consiste en medidas de tipo técnico, como innovaciones tecnológicas, pero fundamentalmente acciones reorganizativas y racionalizadoras que eleven la productividad de los organismos estatales. Esto, sin embargo, entra en profunda contraposición con los mecanismos tradicionales de integración política, y se presentan fuertes luchas a este respecto. Las reformas administrativas, los intentos de crear organismos planificadores, la tendencia a implantar columnas enteras del aparato estatal relativamente autónomas de las dinámicas electorales, el fortalecimiento

de la racionalidad capitalista en los organismos gubernamentales, chocan no solamente con los intereses inmediatos de fracciones agrupadas políticamente, sino que encuentran sus límites en sus efectos sobre las clases dominadas, pues estas costumbres políticas tienen un papel muy importante en la legitimación de la dominación de estos países.

Existe, sin embargo, otro frente para reducir el costo de estos valores de uso colectivo, y es el aumento de la explotación de los trabajadores directamente ligados a las entidades capitalistas desvalorizadas del Estado. En la última década se vive en distintos países una clara ofensiva encaminada a debilitar la acción reivindicativa de los trabajadores estatales, que se expresa en el intento de implantar regímenes laborales especiales que limitan el derecho de huelga, de organización y de acción conjunta. La agudización de los conflictos laborales en este sector, es sin duda una expresión de este fenómeno, y de la resistencia de esta categoría de trabajadores. Inclusive muchas prácticas que aparentemente responden a una lógica propiamente racionalizadora, obedecen en buena parte a este objetivo: el reemplazo de grandes organismos estatales por otros más pequeños, con el argumento de combatir el gigantismo, la creciente privatización de ciertas funciones y la subcontratación a empresas privadas de algunas de las tareas de estos organismos estatales, tiene como meta adicional la atomización laboral, la creación de contradicciones entre los mismos trabajadores, etc.

Otra estrategia para aliviar el peso de los costos de la producción de valores de uso colectivo en lo que se refiere al capital, consiste obviamente en trasladar estos costos a otras categorías sociales, y en especial a la fuerza de trabajo. Esto se lleva a cabo a través de la implantación de impuestos

regresivos, la eliminación de subsidios y transferencias, etc. Una de las manifestaciones privilegiadas de esta estrategia es la llamada política de "costeabilidad" de los organismos estatales, es decir la valorización de estos capitales, lo que sólo puede ser coherente con alzas en las tarifas y precios de los bienes y servicios producidos por estas entidades. De nuevo con argumentos tecnocráticos como la optimización en la asignación de recursos y la racionalización del consumo, la introducción de mecanismos puramente mercantiles en la determinación de estos precios traslada a los sectores populares una proporción creciente de estos costos. Esto tiene un efecto adicional: el libre juego de los mecanismos de mercado en estos precios y tarifas, enfrentado a niveles muy bajos de ingresos que se acentúa por una fase global de intensificación de la explotación, margina de la demanda solvente por estos bienes y servicios a sectores cada vez más importantes de la población. Esto alivia la presión, al menos económica, de la demanda efectiva por tales bienes. La buena salud financiera de algunos organismos estatales que ciertos tecnócratas exhiben como resultado de esta política, sólo es compatible con la reducción del cubrimiento de su producción y la exclusión de sus beneficios a sectores considerables de la población. Es este el caso paradójico de entidades estatales productoras de electricidad o de agua potable, que muestran balances contables favorables, mientras treinta, cuarenta por ciento de la población carece de sus servicios, y si no los demanda mercantilmente, es porque no puede pagar sus tarifas.

Por supuesto que estas acciones alternativas tienen sus límites, y necesariamente se llega al resultado de la caída en los niveles de oferta de estos valores de uso y el deterioro en sus consumos. Sin embargo, aún así, el Estado intenta minimizar sus repercusio-

siones sociales y políticas. Las reducciones se jerarquizan privilegiando aquellas que tienen que ver con grupos débiles y localizados, buscando situaciones en las que el consumidor se encuentra disperso y con pocas posibilidades de reaccionar conjuntamente, utilizando modalidades encubiertas que mistifiquen el efecto real.

Un ejemplo diciente de esto, son las nuevas políticas de vivienda social. No sólo se reducen los fondos destinados a este fin, se limitan los subsidios en los precios a los consumidores, sino que cada vez se combina más la producción directa del Estado con la autoconstrucción por parte del mismo usuario. De esta manera, con menos fondos y con precios más altos, se afecta, aunque muy parcialmente, a un número amplio de consumidores, minimizando la reacción social.

Otra ilustración de este mismo fenómeno, es la concentración de la penuria de estos bienes y servicios en las pequeñas poblaciones. Esto tiene una lógica propiamente económica de la acción del capital, como hemos visto, pero tiene también el componente de desvertebrar la protesta popular, aprovechando los desfases y el aislamiento de estos procesos. Paradójica y desafortunadamente para el capital, esto ha generado formas nuevas de movilización que agravan los conflictos políticos.

No obstante, ni el capital ni el Estado logran eludir el resultado global de sus propias leyes contradictorias. La precariedad en los valores de uso co-

lectivo urbano se extiende en forma amplia y abierta, afectando a enormes sectores de la población de las ciudades. Los sistemas de transporte masivo entran en profunda crisis, los servicios de agua, electricidad, teléfono, son cada vez más insuficientes y sus altos precios se acompañan por deficiencias en la calidad y por racionamientos, los servicios de salud para sectores populares, colapsan, la educación se restringe, los destechados aumentan, para no hablar de la contaminación, la inseguridad, la congestión, etc. El deterioro radical de la vida urbana, esta explotación de la que habla Kowarik, es el precio que el capital quiere imponer a los sectores populares como resultado de sus propias contradicciones, y que ya no sólo afecta a la clase obrera o a las capas más pauperizadas. Pero de este mismo hecho surgen las esperanzas: la amplitud de sus efectos ha generado modalidades de lucha, inéditas por su forma, su contenido y su amplitud, ha logrado involucrar sectores que tradicionalmente encontraban dificultades para movilizarse masivamente contra el capital, ha hecho surgir puntos de contacto entre distintas categorías sociales oprimidas por el capital, indispensables para su unificación real. De la comprensión de estos nuevos fenómenos por parte de las fuerza políticas revolucionarias y su capacidad para dotarlas de instrumentos políticos y organizativos adecuados, depende la conformación de un bloque social que no solamente detenga la crisis urbana generada por el capital, sino que se avance en forma decisiva en el proceso de liquidación de estas relaciones sociales opresivas y explotadoras.